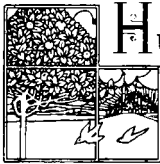




Norma suprema



HUID, jóvenes amigos, del inútil devaneo y de la estéril holganza. Enderezad el ímpetu de vuestras energías hacia las empresas generosas y fecundas; y que la pátina del ocio no manche el acero de vuestra voluntad. Dando a las horas que se van sin retorno el mejor empleo, habréis cumplido estrictamente con vuestro deber, que no consiste tanto en conservaros puros de todo vicio como en utilizar el tiempo en obras bellas y perdurables. La virtud egoísta es una cualidad negativa, cuya existencia no encenderá en las muchedumbres ningún ilusorio relámpago de júbilo. La verdadera virtud debe trascender a los demás, dilatarse en el mayor número de almas, refundirse en las vidas ajenas, ser, en fin, una formidable fuerza creadora siempre en acción en pro de los derechos humanos. Quien posea tal don divino deberá prodigarlo ampliamente: su goce, en absoluto provecho propio, constituye una odiosa avaricia. . . . — Usando las horas en los trabajos de vuestra vocación o en cualesquiera otros a que os llame un inesperado destino, poned en ellos todo vuestro vigor mental y psíquico, a fin de que resulten perfectos hasta donde este vocablo pueda adaptarse noblemente a los esfuerzos de los hombres. Cuidad, con el examen interior de cada momento, de la integridad de vuestra conducta; y que os sirva de constante estímulo el deseo—oculto pero latente—de servir de modelo a vuestros camaradas. En el círculo de ideas y de acciones a que os lleven vuestra idiosincrasia y vuestra aptitud, to

mad por norma a los ilustres tipos de humanidad que resplandecen imperecederamente en la historia de todos los pueblos. Y procurad mejorar, día por día, vuestros pensamientos y sentimientos, analizándolos con sereno criterio, corrigiendo hoy un detalle equivoco, mañana un instinto ilógicamente encauzado. Cultivando de este modo su personalidad, con el aumento del caudal ideológico y la progresiva ampliación del espíritu, es como los grandes varones han tallado dentro de sí mismos la obra preclara de su propia grandeza; imponiéndola, por su intrínseca hermosura, a la admiración de los siglos.

FROYLÁN TURCIOS.



Luna de la media noche

LUNA de la media noche, soñolienta,
luna que a la media noche te levantas
y penosamente elevas tu blancura
por sobre la obscuridad de las montañas.

Luna tímida que esperas la alta noche
para asomar con sigilo tu faz blanca,
luna de la media noche que en el cielo
eres como un ave herida que se arrastra.

Aguardaste que los ruidos se extinguieran,
aguardaste que los ojos se cerraran,
y ahora que todos duermen, tú apareces
como una visión de ensueño, luna pálida.

Luna de la media noche que colocas
un velo de claridad en mi ventana,
como eres, fué mi amor, blanco y furtivo,
y un velo de claridad puro en mi alma.

M. MAGALLANES MOURE.

Una cantante



UNA mujer con un *samisén*, y acompañada por un niño de siete a ocho años, ha venido a mi casa a cantar. Va vestida como una aldeana y lleva en torno a la cabeza un pañuelo azul. Es fea, y su fealdad natural se ha aumentado por un cruel ataque de viruelas. El niño lleva un paquete de canciones impresas.

Los vecinos empiezan a agruparse ante mi portal, principalmente madres y nodrizas jóvenes con sus niños a la espalda; pero también mujeres y hombres viejos. Del mismo modo, los guardias de seguridad dejan su puesto de la esquina, y bien pronto no queda espacio libre delante de la puerta.

La mujer se sienta en el umbral, templea su *samisén*, toca un trozo de acompañamiento, y un encanto descende sobre el pueblo que permanece con la vista fija en los artistas, en una risueña admiración.

Porque de aquellos labios feos y desfigurados brota un milagro de voz, joven, profunda, inexplicablemente conmovedora en su penetrante dulzura. *¿Mujer o hada de los bosques?*, —pregunta un espectador. Mujer solamente; pero una verdadera, una gran artista. El modo como maneja su instrumento puede sorprender a la más hábil *geisha*: pero ni tal voz ni tal canción se han oído nunca a *geisha* alguna. Canta como puede cantar una campesina, con ritmos en su voz aprendidos tal vez de la cigarra y del ruiseñor nocturno, y con entonaciones jamás escritas en el lenguaje musical del Occidente.

Y según va cantando, los que la escuchan comienzan a llorar en silencio. Yo no distingo las palabras; pero siento que el dolor y la dulzura, y la resignación de la vida japonesa, penetran con su voz dentro de mi corazón, tiernamente solicitado por algo insólito. Y una ternura invisible parece condensarse y temblar en torno nuestro; y reaparecen dulces sensaciones de lugares y de tiempos olvidados, unidas en espirituales sentimientos que viven en la memoria sin tiempo y sin lugar.

Entonces advierto que la cantante es ciega.

Cuando acabó la canción, acogimos a la mujer en casa y la interrogamos. En otro tiempo había

estado en buena posición, y había aprendido a tocar el samisén cuando era niña. El niño era hijo suyo. Su marido estaba paralítico. Sus ojos habían sido destruidos por la viruela. Pero era fuerte y capaz de recorrer grandes distancias. Cuando el niño empezaba a cansarse, podía transportarle a la espalda. Podía sustentar al pequeñuelo y al marido postrado en el lecho, a causa de que, cuando cantaba, el pueblo gemía y la entregaba monedas de cobre y comida..... Tal era su historia. La dimos algunas monedas y harina y se fué guiada por el niño.

La había yo comprado un ejemplar de la canción, que versaba sobre un doble suicidio reciente: *La canción triste de Tamayoné y Takejiro, compuesta por Takenada Joné, del número catorce de la cuarta fortaleza del Nippon-bashi, en el distrito del Sur de la ciudad de Osaka.* Era evidentemente un grabado en madera, con dos pequeños dibujos: uno de ellos representaba una muchacha y un muchacho llorando juntos. El otro, una especie de pieza añadida, representaba un escritorio, una lámpara moribunda, una carta abierta, incienso quemándose en una copa, y un vaso conteniendo *shikimi*, la planta sagrada usual en las ceremonias budistas, para hacer ofrendas a los muertos. El triste y extraño texto, escrito perpendicularmente, puede ser traducido de un modo aproximado, como sigue:

«En el primer cuartel de Nichi-Hommachi, en la famosa Osaka—*¡Oh el dolor de esta historia de shinju!*

«Tamayoné, de diez y nueve años:—verla fué amarla para Takejiro, el joven obrero.

«Cambiaron promesas por el tiempo de dos vidas.—*¡Oh el dolor de amar a una cortesana!*

«En sus brazos tatuaron un dragón, y escribieron la palabra *Bamboo*—sin pensar en las desgracias de la vida . . .

«Pero él no pudo pagar los cincuenta y cinco *yens* por su libertad.—*¡Oh la angustia del corazón de Takejiro!*

«Entonces los dos juraron morir juntos, puesto que jamás en este mundo podrian ser marido y mujer. Encargaron a sus camaradas una ofrenda de incienso y flores -- *¡Oh el horror de su desaparición, semejante a la de! rocío!*

«Tamayoné toma la copa, de la cual beben los que van a morir.

*¡Oh el tumulto del suicidio de los amantes!—
¡Oh, piedad para sus vidas desaparecidas!»*

En suma, no había realmente nada insólito en esta historia, ni absolutamente nada notable en el verso. Todo su encanto era debido a la voz de la mujer. Y mucho tiempo después de marcharse la cantante, su voz parecía vibrar dentro de mí, produciéndome una sensación de dulzura y de tristeza tan extraña, que no podía menos que preguntarme cuál era el secreto de estos tonos mágicos.

Y me parece que este secreto es el siguiente:

Toda canción, toda melodía, toda música, no es sino el resultado de la evolución del lenguaje primitivo y natural del sentimiento, de este lenguaje rudo de la pena, del goce o de la pasión, cuyas palabras son tonos. Así como las lenguas varían, varía también este lenguaje de combinaciones tónicas. Por cuyo motivo, melodías que a nosotros nos conmueven profundamente, no tienen significación para oídos japoneses, y melodías que no nos conmueven absolutamente nada despiertan poderosamente la emoción de una raza cuya vida anímica difiere de la nuestra como el azul difiere del amarillo.....Pero, ¿cuál es la razón del profundo sentimiento evocado en mí (un extranjero) por este canto oriental que nunca hubiera podido entender, por esta canción vulgar de una mujer, ciega, del pueblo? Seguramente en esta voz de la cantante había cualidades capaces de afectar algo más grande que el resumen de la experiencia de una raza, o algo tan amplio como la vida humana y tan antiguo como el conocimiento del bien y del mal.

Una tarde de verano, hace veinticinco años, en un parque de Londres, oí a una muchacha decir *Good-night*, a alguno que pasaba. No oí sino estas dos palabras: *Good-night*. Yo no la conocía; ni había visto su cara jamás, ni había oído nunca su voz. Pero, aun después de haber pasado una centena de estaciones, el recuerdo de su *good-night* me produce dos sensaciones incomprensiblemente penetrantes de placer y de dolor, sin duda no mías, no de mi propia existencia, sino de existencias anteriores y de soles muertos.

Porque lo que constituye el encanto de una voz escuchada una sola vez no puede ser de esta vida. Es de vidas innumerables y olvidadas. Ciertamente nunca ha habido dos voces idénticas. Pero en la expresión del afecto hay una ternura en el timbre, común a los diez mil millones de voces de

toda la humanidad. El recuerdo heredado hace familiar aun al recién nacido la significación de este tono de caricias. Heredado es también, sin duda, igualmente, nuestro conocimiento de los tonos de simpatía, de dolor, de piedad. Y así el canto de la ciega, en esta ciudad del Extremo Oriente, resucita, aun en un alma occidental, una emoción más profunda que la mera individualidad, vagas y mudas emociones de penas olvidadas, oscuros impulsos de amor de generaciones inmemorables. Los muertos no perecen nunca por completo. Duermen en las más oscuras celdas de los corazones en reposo y de los cerebros en actividad para estremecerse, en raras ocasiones solamente, con el eco de alguna voz que evoca su pasado.

LAFCADIO HEARN.



Pierrot

HABLÁBASE de amor, que es tema siempre selecto en toda frívola reunión:
y como yo callara hermosa dama
pidió mi parecer en alta voz.
—¿El amor?... ¡Bah, señora!—I dije entonces
tan lindos chistes puestos en razón,
con tanto chic y tan sutil donaire
supe burlarme del pequeño dios,
que a poco ví la concurrencia entera
aplaudir mi sarcástica opinion.
I más de una preciosa boca roja
me otorgó un gestecito encantador.
¡Ay! ¡Sólo tú, en tu oscura cárcel, gélida,
no refas, llorabas, corazón!

FABIO FIALLO.

El claustro

(Versión de A. Vigne y Goldoni)

Antaño, algún piadoso jardinero rural,
azada en mano, al sol, humilde la tonsura,
decoraba con flores y plantaba verdura
en el jardín amable de este cerco claustral.

Más tarde fué trepando la hiedra, y el rosal
creció desde la tierra nativa hasta la altura
de la clave, al abrigo de la ventana dura,
vistiendo de guirnaldas la arquería ojival.

Mi amor a este jardín de claustro es semejante:
donde el tiempo que todo lo destruye, pujante
hace brotar la rama y a la flor más vistosa,

yo, a cada primavera, siento que abre mi vida,
con su fragancia eterna y rejuvenecida,
en el rosal más pródigo, una más alta rosa.

HENRI DE REGNIER.



Atravesar he visto...

Atravesar he visto, fugaz como un miraje
de mis marchitos sueños la imagen triste y pura,
deshojando sus flores de otoñal hermosura
bajo la pensativa penumbra del follaje.

Era de un albo lino su vaporoso traje
y, libre descendiendo su cabellera oscura,
un funeral relieve prestaba a su figura
en la melancolía severa del paisaje.

Al pálido fantasma quise gritar mi pena,
quise abrazar la sombra de mi perdida Euglena,
resucitar del alma las muertas embriagueces...

Pero, agité mis manos en la extensión vacía,
mientras, sobre los bosques, la noche descendía
y la canción del viento lloraba en los cipreses.

LEOPOLDO DÍAZ.

Guerrera



EL sol se levantaba sobre los montes. Había un prado que parecía de esmeralda y un bosque negro, con las ramas sin hojas, inmóviles, destacándose sobre el, oro de la luz, como dibujadas con tinta china. El carro rodaba por la carretera, lento y bamboleante. Sólo conducía a las mujeres, pues el soldado enfermo también se había quedado con la partida.

La madre Isabel miraba los campos... Y suspiraba pensando en la guerra. Recordaba el ardimiento de aquellos aldeanos que acechaban el paso de las tropas. Era un pueblo de cruzados que luchaba por la fe. Y, sin embargo, cuando iban a morir y a dar la muerte no entraban en sí mismos, no sentían el alma toda en temblor ante el misterio de la eterna justicia: ¿Era así la guerra? ¿Un olvido de vida y del fin! ¿Un resplandor que calcina todos los pensamientos! ¿Un resoplar y un golpear de fragua que enrojece las almas y las bate como el hierro! De aquellos aldeanos ocultos en los breñales, y prontos a caer sobre el camino, nadie podría decir cuáles eran los que llevaban consigo la muerte. ¡Estaba ya con ellos y ninguno la sentía!

Lloraba contrita... Muy a lo lejos brillaban los fusiles de la tropa. Flameaban las banderas y se veía descollar a los jinetes dominando las filas de roses. La monja temblaba con el anhelo de victoria; era un temblor apasionado y fuerte. Comprendía entonces el fin de la guerra, y que la sangre sobre aquellos campos era también signo de redención.

RAMÓN DEL VALLE-INCLAN.



Los encantos de Mnasidika

(Versión de Silvio Lago)

Para que los dioses protejan a Mnasidika he sacrificado a Afrodita dos liebres y dos palomas.

También he sacrificado a Arés dos gallos luchadores y a la siniestra Hécate dos perros que aullaron bajo el frío del cuchillo.

Porque Mnasidika tiene en su rostro el reflejo de esa triple divinidad de inmortales.

Sus labios son rojos como el cobre bañado de sol; sus cabellos azulados como el hierro, y negras las pupilas como la plata antigua.

PIERRE LOUYS.



El monje malo

(Traducción de Eduardo Marquina)

De los antiguos claustros sobre los grandes muros se pintaban rétablos con la santa verdad; y a su vista, exaltados los espíritus puros, combatían el frío de aquella austeridad.

Y entonces cuando a Cristo seguían de esta suerte, más de un ilustre fraile—ahora desconocido,—tomando por taller el campo de la muerte en su simplicidad salió fortalecido.

Mi alma es una tumba, que eremita precito, desde la eternidad yo recorro y habito; nada amengua del claustro los diarios enojos...

¡Oh monje inútil! ¿Cuándo sabré hacerme paciente del horrible espectáculo de mi dolor viviente, la labor de mis manos y el amor de mis ojos?

CHARLES BAUDELAIRE.

El caballo del Escudo.

¿A dónde vas, caballo del Escudo,
que nunca cesas de correr?
Los Cóndores andinos te mandan un saludo
y el huracán, tu hermano, te ve desaparecer.

¿A dónde vas? ¿Mensaje del destino
por acaso vas a cumplir?
Cruzas llanos y montes en tu vuelo aquilino,
y cándido del fango, se te mira salir.

¡Jamás, jamás te canses! Y recuerdes
que el Hombre del misterio, El,
un día, en Carabobo, entre las palmas verdes,
te palmoteó y te dijo: "Vuela, vuela, corcel."

R BLANCO FOMBONA.



La adorable

Ro son sus labios frescos y encendidos
que siempre me sonrían halagüeños,
ni sus rizos oscuros y sedños
sobre su espalda mórbida caídos;

no son sus ojos tristes y adormidos
propicios al amor y a los ensueños,
los de mi corazón únicos dueños
¡tanto más dulces cuánto más queridos!

Lo que amo en ella con ardiente anhelo;
lo que mi altiva admiración asombra,
es su alma inmensa como el mar y el cielo.

Su alma, que encierra en lides tormentosas
odio y amor, irradiación y sombra,
negras simas y cumbres fulgurosas.

JERÓNIMO J. REINA.

Jamás

Nuestra ruta fué hermosa. Era florida,
pues la sombreaba una arboleda en flor;
muy plácida corría nuestra vida
al suave soplo de un honesto amor.

Mas llegó de la selva hosca y temida,
el canto de un maléfico cantor;
corriste a la vereda, enardecida,
y seguiste al demonio seductor.

Yo arrastrando mi planta fatigada
continuaré en la luz; mas tú, extraviada,
de la sombra en el piélago falaz.

Yo, solitario por la hermosa vía;
tú por las breñas de la sombra umbría:
no nos podremos encontrar jamás!

LUIS ANDRÉS ZÚNIGA.

1911.



La valinceria

YO quisiera contar, sobre todo, la historia de la valinceria, que he escuchado. La valinceria tiene sus raíces en el limo, bajo las aguas. En sus raíces hay una innata aspiración hacia medios más tenues. La ahoga el medio denso que la rodea: ella ama el agua, pero presiente el aire. Y se prolonga dolorosamente en un largo tallo, que es la más sagrada aspiración hacia Dios que conozco. Cuando llega la época de su fecundación, redimida por el amor, al fin hace emerger sobre el agua una límpida flor de anhelo. —Llega, flotante, salido de ella misma, el espíritu viril que ha de hacerla concebir, y la llena. Y entonces, el tallo, resignadamente, se vuelve al limo de su origen; gesta un vástago y muere. Del loto indio ya se hizo el símbolo de la aspiración hacia Dios.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ.

Emoción véspera

EL álima de la tarde se anuncia en la furtiva
esquila del rebaño que torna. La laguna
—tal un gran ojo herido por una luz muy viva—
espera el milagroso vendaje de la luna

piadosa. Se dijera que todo se apacigua.
La hora, que vestida de raso azul se aleja,
le da al paisaje, donde la lumbre se amortigua,
una dulzura ingenua, como de estampa antigua....

Deja que nos penetre toda esa calma, deja
que el alma se disperse con un olor de rosas
en este ambiente tibio de seda extenuada....
Es dulce, cuando se ajean las tardes silenciosas,
pensar las mismas cosas y no decirse nada.

EDUARDO CASTILLO



A María Inmaculada

(Versión de Manuel Machado)

YO no quiero más amor que el de mi madre
María. Todos los otros amores son impuestos; pe-
ro mi madre sólo les presta luz en el fondo del co-
razón.

Sólo por Ella es preciso amar a los enemigos,
por Ella me dedico yo a este sacrificio, y la dulzura
del corazón y el celo para servirla. Como yo lo
imploré, Ella lo ha consentido. Y como yo era dé-
bil y malo todavía, de manos impuras, los ojos ex-
traviados en los caminos, Ella me enseñó las pala-
bras con las cuales se adora. Por Ella acepto yo
los dolores, por Ella tengo mi corazón en las cinco
llagas.

Como yo la invocaba, Ella ciñó mi cintura. No
quiero pensar sino en mi madre María, silla de todo
saber y fuente de los perdones, madre de Francia
también, y de quien esperamos el honor de la patria.

María Inmaculada, amor esencial, lógica de la
fe cordial y viva: ¿qué no haré yo de bueno mien-
tras que os amo, con el único amor, Puerta del
cielo?

PAUL VERLAINE.

En mis tristes sueños

(Traducción de J. A. Pérez Bonalde)

Todas las noches en mis tristes sueños
a saludarme viene cariñosa
y entonces un impulso irresistible
de amor, llorando, ante sus pies me arroja.

Me mira con intensa pesadumbre,
triste moviendo su cabeza blonda,
y de sus ojos se desprenden lágrimas
cual de una flor aljofaradas gotas.

Y una dulce palabra me confía,
y un ramo de ciprés me da la hermosa
y me despierto y se disipa el ramo,
y expira la palabra en mi memoria.

ENRIQUE HEINE.



Las calles solas

Amo las calles solas y arboladas,
de aceras por la tarde penumbrosas,
y familiares casas silenciosas
como a santos misterios consagradas.

Tras velados cristales recatadas,
son doncellas o jóvenes esposas
leyendo versos o bordando rosas,
las que a veces me miran extrañadas.

Se hacen lentos mis pasos, e imagino
cuánto conviene a mi anhelar divino
y al imprevisto día venturoso,

en que en las calles verdes e infinitas,
hallaré a la soñada de mis cuitas
en un florido patio de reposo.

EDMUNDO MONTAGNE.

El mayorazgo

Luzco del mundo en la gentil pavana,
bajo el recio tahalí de mi tizona,
una cruz escarlata que eslabona
mi abolengo de estirpe castellana.

Llevo en los hombros ferreruero grana;
guío el mostacho a usanza borgoñona,
y mi blanca gorguera se almidona
bajo mi crespá cabellera cana.

Tengo cien lanzas combatiendo en Flandes,
mil siervos en la falda de los Andes,
calderas y pendón, horca y cuchillo;

un condado en la tierra montañesa,
un fraile confesor de la Condesa,
diez corceles, cien pajes y un castillo.

E. DE ALARCÓN.



Razonar

LA razón cabe toda entera en la imaginación, como una provincia en un territorio. De la misma manera, la una no es más que parte de la otra. Razonar no es sino imaginar con método, trazar rectas y ángulos y recovecos en la imaginación. Razonar es bordar en esa tela, hacerse una casa en ese espacio.

De la primera nace la lógica: arma no siempre noble, moneda con la cual tratamos en el mundo de comprar la verdad... o de obscurecerla. De la segunda nace el celeste y terrible ensueño: ala y garrá de espíritus, sabiduría de sabidurías, lobo de corazones. Y existe entre una y otra la diferencia que va de un peinado jardín a una selva virgen.

ANDRÉS TERZAGA.

Idilio marino

MÁS allá de las solitarias islas en donde descansan los pájaros viajeros, en el reino en que Leviatán domina, sobre una roca, está entronizada la Vencedora, en la irresistible omnipotencia de su desnudez.


En su blanca piel está la sal, el perfume marino de Anadiómena, y la serpiente de las olas hace ver una vez más, amorosa y humillada, el soberano triunfo del encanto femenino: Europa sobre el lomo del toro, la Bella y la Fiera, la Mundana del pintor moderno, que, desnuda, corta las uñas del león.

Un tritón velludo y escamoso hace cantar su ronco caracol, en tanto que el monstruo recibe una caricia de la tentadora, de la Mujer, que bajo el inmenso cielo ofrece su fatal hermosura en el abandono de su supremo impudor.

RUBÉN DARÍO.



Los murciélagos

A decorative initial letter 'E' with intricate floral and leaf patterns extending to the left and bottom. **E**A noche se aja a fuerza de uso. No se aja en su altura de estrellas, se aja como una túnica que va arrasándose por el suelo entre los guijarros y las raíces, hasta el fondo de los túneles malsanos y de las cuevas húmedas. No hay escondrijo a donde no llegue un jirón de la noche. Un jirón que las espinas rasgan, que los fríos agrietan y el lodo mancha. Cada mañana, cuando vuelve a alzarse la noche, se le desprenden cintajos que cuelgan y se bambolean al azar.

Así nacen los murciélagos.

Deben a su origen el no poder resistir la brillantez del día:

Después de acostado el sol, mientras tomamos la frescura de la tarde, se despegan de las viejas vigas donde, entontecidos, colgaban de una uña.

Su torpe vuelo nos intranquiliza. Casi rozándonos con sus alas envarilladas y sin plumas giran, revolotean a nuestro alrededor.

Gufanse más por sus oídos que con sus inútiles ojos sin luz.

Mi dulce amiga oculta el rostro y yo vuelvo la cabeza a otro lado por temor de un choque impuro.

De ellos se dice que con un ardor más intenso que nuestro mismo amor, nos chuparían la sangre hasta la muerte.

¡Qué exageración!

Los murciélagos no son perversos. Jamás nos tocan. Hijos de la noche, no detestan sino la luz, y con el roce de sus pequeños chales fúnebres buscan bujías que apagar.

JULES RENARD.



A ELISA

Aun yerra en el jardín de mis quimeras
aquel encanto pálido y lejano
que ponía en el luto del piano
el pensamiento gris de tus ojeras.

Y esta noche romántica, tú eras
luna, viento y cristal; tu dulce mano
estuvo entre las manos de este hermano
de todas las dolientes primaveras.

Mujer hecha de sombra y de jazmines,
deja en el triste azul de mis jardines
esa belleza que a la muerte arrancas;

tú que nos diste ¡oh blanca flor de angustia!
bajo el lirismo de una fronda mustia
todo el perfume de las rosas blancas.

JUAN R. JIMÉNEZ.

Resurrección de huertos

Al palor del lucero vespertino—
por extraños decretos del arcano —
nos vimos en la angustia del camino
y me tendiste con piedad la mano.

Y el rosal de candor que el Nazareno
sembrara en mi sendero con cariño
se puso a florecer. Me hiciste bueno,
y hoy me siento inocente como un niño.

Has domado mis fieras rebeldías:
hoy tengo mansedumbres de cordero.
Hay una fuga de melancolías
y está nevando el triste limonero.

Con la casta dulzura de una hermana
refrescaste el horror de mi fatiga.
Eres para mi sed una fontana
y en mi desierto una palmera amiga.

Has sido una piadosa jardinera
de mi jardín. Me diste tu falerno
y serás una afable Primavera
en las desolaciones de mi Invierno.

Hoy la misericordia de la luna
consuela la penumbra de mis males
y en esta estepa en que camino hay una
resurrección de huertos y rosales.

CÉLEO DÁVILA.



Los Rubayata

(Poema persano)

I

¡**D**ESPERTAD! Porque la mañana ha lanzado al bronce de la noche la piedra que hace huir las estrellas; y el cazador de Oriente aprisiona el alminar del Sultán en un lazo de luz.

II

Soñando, cuando la mano izquierda de la auro-ra tocaba en las nubes, oí una voz gritar dentro de la taberna: ¡*Despertad, pequeñuelos míos, y llenad la copa, antes de que el licor de la vida se seque en su vaso!*

III

Y cuando cantó el gallo, los que estaban ante la taberna gritaron:—*Abrid la puerta. Ya sabéis cuán poco tiempo nos es dado permanecer aquí, y que una vez que hayamos partido no podremos volver jamás.*

IV

Ahora que el año nuevo hace revivir los antiguos deseos, el alma, llena de pensamientos, se retira a la soledad, donde florece sobre la rama la mano blanca de Moisés, y Jesús suspira desde lo hondo de la tierra.

V

En verdad Iram se ha ido con todas sus rosas y la copa de siete anillos de Jamshyd, nadie sabe a dónde; pero siempre la viña ostenta su antiguo rubí, y siempre florece un jardín a la orilla del agua.

VI

Y los labios de David se han cerrado; pero en el divino y trémulo Pehleví (1) el ruiseñor grita a la rosa: *¡Vino, vino, vino!—¡Vino rojo que pinte de carmín tu amarillenta mejilla!*

VII

Ven, llena la copa y arroja en la hoguera de la primavera tu manto invernal de arrepentimiento. El pájaro del tiempo tiene corto camino que volar, y ¡ay! ya levanta el vuelo.

VIII

Y mira . . . mil corolas despiertan con el día . . . y mil se deshacen en polvo; y este mes primero de verano que trae la rosa, se llevará a Jamshyd y a Kaikobad.

IX

Pero ven con el viejo Khayyam y olvida el destino de Kaikobad y Kaikhosrú; deja a Russum (2) derribar cuanto quiera; que Hatim Tay (3) convide a cenar . . . : tú no les atiendas.

X

Ven conmigo al prado verde, que separa el desierto de la tierra de sembradura, donde apenas se conocen los nombres de esclavo y sultán, y acompaña al sultán Mahmud en su trono.

(1) Pehleví es el antiguo idioma heroico transcrito de Persia.

(2) Russum, el Hércules de Persia.

(3) Hatim Tay, tipo muy conocido de generosidad en Oriente.

XI

Aquí, bajo la fronda, con un pan, un cántaro de vino, un libro de versos... y tú a mi lado, cantando en el desierto... Y el desierto es bastante paraíso.

XII

—¡Cuán dulce es la mortal soberanía!—piensan algunos.—Otros:—¡Cuán bendito el Paraíso futuro!—¡Ah! Toma el dinero en la mano, y deja en paz los sueños. ¡Valiente música la de un tambor lejano!

XIII

Mira la rosa que florece a nuestro lado.—Riendo—dice—florezco en el mundo, rompo las orlas de seda de mi bolsa, y arrojo su tesoro sobre el jardín.

XIV

Las esperanzas mundanas en que los hombres prenden su corazón se tornan cenizas... o prosperan, y luego, como la nieve sobre la faz polvorienta del desierto, lucen una hora o dos... y pasan.

XV

Y los que atesoran el grano de oro, y los que le arrojaron al viento como lluvia, todos se convertirán en tierra, y no de oro, de ese oro que los hombres, una vez enterrado, desean arrancar de nuevo a la tierra.

XVI

Piensa cómo en este campamento desmantelado, cuyos pórticos son alternativamente la noche y el día, Sultán tras Sultán, viven su hora o dos, y siguen su camino.

XVII

Dicen que el león y el lagarto tienen su corte donde Jamshyd se glorificó y bebió tanto; y Bahram, aquel gran cazador... yace dormido para siempre, aunque el asno salvaje pisotee su cabeza.

XVIII

Algunas veces pienso que nunca florece tan roja la rosa como donde sangra algún César enterrado; que cada jacinto que adorna el jardín ha caído en su regazo de alguna cabeza en otro tiempo hermosa.

XIX

Y esta deliciosa hierba, sobre la cual yacemos, cuyo verde tierno flequea la orilla del río... ¡Ah! Apoyémonos sobre ella suavemente, porque ¡quién sabe de qué labio invisible y en otro tiempo amable brota!

XX

¡Ay, amor mío! Llena la copa que libra al Hoy de las pasadas añoranzas y de los temores futuros... ¡Mañana?... Tal vez mañana yo mismo perteneceré a los siete mil años del Ayer.

XXI

¡Mirad! Algunos de aquellos a quienes hemos amado, los más amables y los mejores que el tiempo y el destino hayan prensado en su lugar, bebieron su copa una o dos vueltas antes, y uno a uno se hundieron silenciosamente en el descanso.

XXII

Y nosotros, que ahora nos regocijamos en el lugar que ellos dejaron, y que el verano viste de flores nuevas, también descenderemos bajo una capa de tierra... ¡Para quién?

XXIII

¡Ah! Aprovechemos cuanto podamos lo que aun nos es dado gastar, antes de que bajemos al polvo. Polvo en el polvo y bajo el polvo yacer sin vino, sin canción, sin cantor, y... sin fin!

XXIV

Lo mismo a los que se preparan para hoy que los que fijan la mirada en un mañana, clama un muezzín desde la torre de las tinieblas:—¡Locos! ¡Vuestra recompensa no está ni aquí ni allá!

XXV

Porque todos los santos y los sabios que han discutido sobre los dos mundos tan sabiamente, son arrojados como profetas locos: sus palabras se han deshecho en burla y sus bocas están llenas de polvo.

XXVI

¡Oh! Ven con el viejo Khayyam, y deja hablar a los sabios: una cosa es cierta, y el sueño es mentira: la flor que ha florecido una vez muere para siempre.

XXVII

Yo mismo, de joven, frecuenté con ardor a doctores y santos, escuché grandes argumentos sobre ésto y aquéllo; pero siempre salí por la misma puerta como había entrado.

XXVIII

Con ellos sembré la semilla de la Sabiduría, y con mi propia mano labré la tierra para que germinase; y ésta fué toda la cosecha que logré....: *Vine con el agua y me voy con el viento.*

XXIX

Vine a este Universo sin saber por qué, ni de dónde, como el agua que corre a pesar suyo; y me voy, fuera de él como el viento a lo largo del desierto—no sé a dónde—soplando a su pesar.

XXX

¿Qué?... Sin consultarme, lanzado aquí.....¿De dónde? Y sin consultarme, arrojado de aquí... ¿A dónde? Ahoguemos en otra copa y en otra copa la memoria de esa insolencia.

XXXI

Del centro de la tierra subí a través de la séptima puerta, y me senté sobre el trono de Saturno: por el camino desaté muchos nudos, pero no el nudo de la muerte y del destino humano.

XXXII

Había una puerta para la cual no encontré llave, había un velo a través del cual no pude ver; hablaban un momento del Mí y del Tú... y después ya no había ni Tú ni Yo.

XXXIII

Entonces clamé al mismo cielo preguntando: ¿Qué lámpara tiene el Destino para guiar a sus pequeñuelos vacilantes en la obscuridad? Y el cielo respondió:—Un entendimiento ciego.

XXXIV

Entonces conjuré a la esfera terrestre para que enseñase a mis labios el secreto de la fuente de la vida. Y, labio a labio, la tierra murmuró:—Mientras vivas, bebe, porque una vez muerto no volverás nunca.

XXXV

Pienso que el vaso que me respondió con fugitivo sonido vivió en otro tiempo, y se regocijó y el frío labio que besé ¡cuántos besos debió recibir... y dar!

XXXVI

Porque recuerdo que en el mercado, al obscurecer de un día, ví al alfarero modelando su arcilla húmeda, y con su lengua prisionera, la arcilla murmuró:—Despacito, hermano, despacito.

XXXVII

¡Ah! Llena la copa ...¿De qué nos sirve repetir que el tiempo se desliza bajo nuestros pies? ¿Por qué temblar ante el mañana que aun no ha nacido, o ante el tremendo ayer, si el hoy es dulce?

OMAR KHAYYAM DE NAISHAPUR.



Las nuevas Tablas de la Ley

POETA: cuida de tí más aún que de tu obra:
y púlete como si fueses un Verso.
Apolo no sólo hace la belleza,
sino también es bello.

Acicala tu traje de elegancia sencilla
como la toga de un patricio griego;
riete de la filosofía de los andrajos
y del romanticismo de los enmarañados cabellos:
y si gustas de que las mujeres te amen,
ámate a tí mismo primero.

Sé artista antiguo, si te place, en tu Obra;
pero en tu vida aprende a ser hombre moderno:
así los demás hombres
te respetarán como a Orfeo,
porque los igualarás en la Vida
y los superarás en el Pensamiento.

Haz que tu vida sea misteriosa:
no hay nada más atractivo que el misterio;
y, en sus complicaciones, no aparezcas
con la fatuidad de ser malo, ni con la debilidad de
(ser bueno.

Tu alma debe ser como una joya
en el varonil estuche de tu cuerpo;
y piensa, siente y quiere en tí mismo,
sin gobernarte por el gusto de los plebeyos:
las montañas están encogidas de hombros
ante el que dirán de los truenos

Lo que sueñes como poeta, realízalo como hom-
(bre;
y así versificarás tu Vida y vivirás tu Verso.

Tres signos de raza
marca en tu credo:
sé soñador como el latino,
como el germano profundo y como el sajón enér-
(gico;
y yo te juro por los manes
de Goethe y Leonardo y Petronio y Lucrecio,
que habrás vivido tu Arte con una vida
tan grande como el Mundo y tan eterna como el
(Tiempo.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.



Vida interior

EN la quietud del alma solariega
me consagro a avivar el pensamiento,
escanciando la miel para la vida
en el cáliz de luz de los recuerdos.

Vida interior para morir por fuera,
vendimia de los sueños,
para adobar el mosto de las bodas
de la núbil idea con el plectro

Tal vivo yo. Tal soy. Un solitario
gozoso del portentoso
del dominio de mí. Por los boscajes
ánimicos revuelo.

Con el rocío de la gracia joven
baño las flores del jardín secreto,
donde anuncia la alondra de mis años
âmaneceres nuevos.

Déjenme así las ansias señoriales,
el dispendioso medro,
en la augusta pobreza de mis torres
caladas en el oro del silencio!

PEDRO L. IPUCHE.



Los ojos de la Amada

LOS ojos de la Amada
matan la voluntad con la mirada.

El dulce resplandor me hace inactivo:
más quieto estoy que atándome las manos
y, en el hondo fervor contemplativo,
si vivo me parece que no vivo,
perdido en los dos ojos soberanos.

Mudo vengo a quedar del goce intenso:
si entrar deseo en mí, no estoy conmigo;
todo soy pensamientos y no pienso;
todo soy oración y no la digo.

O el tiempo se detiene, o yo estoy fuera
de su grave dominio limitado:
si éste fuera mi término, muriera
divinamente sin cambiar de estado.

¡Oh mirar de la Amada,
que toda mi alma tienes encantada!
¡Oh graciosa manera
de echar el vago encantamiento afuera!

EDUARDO MARQUINA.